

# ***EL ESCRITOR VIAJERO***

## **Dolores Payás**

En tiempos en los que corretear de un lado para otro se ha convertido en deporte generalizado, zambullirse en la obra del escritor y viajero Patrick Leigh Fermor supone una conmoción de magnitud considerable. Experiencia a la vez maravillosa y tristemente turbadora. Maravillosa por el innegable placer que nos regala, triste y turbadora porque no se puede rehuir un sentimiento de melancolía. Nostalgia ante un modo de viajar pausado y profundo; añoranza de su narrador, aquel generoso personaje que nos cedía plaza preferente en la alfombra mágica, sillón y lámpara de lectura incluidos.

Hoy se hace difícil encontrar un sendero limpio de huellas y el escritor romántico y viajero casi ha desaparecido de la faz de la tierra. Pero al igual que sucede con otras especies en vías de extinción, también en esta subsiste un último, raro ejemplar que sigue milagrosamente vivo.

Patrick Leigh Fermor nació en Inglaterra en 1915. Hijo de un prestigioso geólogo destinado en la India, se crió con unos amables granjeros de Northumberland. Cuando sus progenitores volvieron por él se había convertido en un muchacho inquieto y vivaz, no apto para la escuela convencional.

A los 18 años era un perfecto autodidacta; ávido lector fascinado por las lenguas, historia y poesía. Se movía a sus anchas en los círculos bohemios de Londres pero ya sentía una temprana resaca. Fantaseaba con escapar, empezar su vida de cero, escribir. Tomó entonces la decisión que marcaría su vida: iría andando hasta Constantinopla.

Inició su viaje en diciembre de 1933, cargado con poco más que sus cuadernos de notas y un montón de lápices. Por delante tenía los duros fríos del invierno centroeuropeo, y su pequeña asignación familiar -4 libras mensuales- apenas le alcanzaba para subsistir. Lo resolvió viviendo a merced de las hospitalarias personas que encontró en ruta. Casi siempre encontró afecto y entusiasmo; joven y bien parecido, tenía carisma a toneladas y un inusual talento para la conversación. Era -es- un perfecto "charmeur" y como a tal se le recibía.

Puso pie en Constantinopla el primero de enero de 1935. Había compartido mesa con campesinos, mercaderes y aristócratas; dormido en chozas, palacios o bajo los árboles. La Europa que dejaba atrás desaparecería muy pronto, engullida en el fragor de la segunda guerra mundial, pero las lecciones que aprendió en sus caminos fueron decisivas. Plantaron la semilla de su futura escritura y le convirtieron en un perfecto viajero; estoico cuando las circunstancias lo requerían, sibarita y sensual cuando se le ofrecía la posibilidad de serlo.

De Turquía se dirigió a Grecia. Su encuentro con el mundo helénico y bizantino encendió una devoción duradera, profunda y activa. Aprendió la lengua y vagabundó por todo el país. En Atenas conoció a la princesa rumana Balasa Cantacuzène, su primer gran amor. Se instalaron en un viejo molino; ella pintaba, él escribía. Viajaron luego hasta la vieja mansión familiar de

Balasa en Moldavia, allí consiguieron prolongar su idílica ensoñación hasta que estalló la guerra.

Leigh Fermor partió a Londres para alistarse. Se despidió de su amante convencido de que regresaría pocos meses más tarde. No la volvió a ver hasta pasados 25 años, cuando por fin encontró su rastro tras el telón de acero.

Informados de que el joven hablaba griego, los Servicios de Inteligencia Británicos lo reclutaron de inmediato. Fue destinado a Grecia y más tarde a Creta, donde pasó año y medio en las cuevas de Lefka haciéndose pasar por pastor. En realidad era el oficial que coordinaba los grupos británicos y griegos de la legendaria Resistencia Cretense.

También fue él quien organizó el secuestro del General Kreipe, alto mando alemán de la isla. La operación se planeó de forma brillante, imaginativa y arriesgada. El comando guerrillero escamoteó al General bajo las mismísimas narices de sus tropas y en los días que siguieron lo tuvo en constante movimiento por las escarpadas cumbres de la isla. La gesta, ya de por sí novelesca, quedó consagrada con un último toque literario e irresistiblemente "Fermoriano". Sucedió que una mañana, al romper el alba, el prisionero miró el magnífico paisaje yacente a sus pies y susurró: "Vides tu alta stet nive candidum/ Soracte...". El futuro escritor, que fumaba a su lado, continuó: "...Nec iam sustineant onus/ Silvae laborantes, gleuque/ Flumina constiterint acuto". Eran los primeros versos de una oda de Horacio, única que él conocía de memoria (o eso asegura).

El joven oficial fue aclamado como héroe. Recibió la ciudadanía de honor griega y la DSO británica. Los del cine, siempre al acecho, hicieron de la historia una disparatada película. "I'll meet by moonlight" (Michael Powell, 1957) conserva cierto encanto apolillado solo apto para los amantes del kitch. Impagable la dramática presentación del protagonista, un alocadísimo Dirk Bogarde, brazos en jarras, recortado contra un fondo nocturno en lo alto de un peñasco cretense. El actor encarnaba a Fermor en su rol de intrépido guerrillero disfrazado de pastor, pero por alguna razón desconocida aparece siempre vestido como Lord Byron en sus momentos más "flamboyants" y pintorescos, turbante y faja de seda incluidos.

Acabada la guerra Leigh Fermor emprendió un periplo por las Antillas. Para entonces le acompañaba Joan Eynes Monsell, fotógrafa que había conocido en El Cairo. Joan era hija de un Lord conservador pero prefirió elegir caminos menos convencionales. Inteligente, fuerte y bella, fue compañera del escritor durante más de cincuenta años. Adoraba a los gatos, que entraban y salían de su casa en manadas, cuentan que al menos ocho de ellos estaban presentes en el momento de su muerte (junio del 2003).

Las aventuras en las Antillas fructificaron y en 1950 se publicaba la primera obra de Patrick Leigh Fermor. "The traveller's tree" es un texto de sabor fuerte y especiado que nos transporta al Caribe de los cuarenta, antes de que la explosión turística convirtiera el rosario de islas antillanas en balnearios informes o inalcanzables paraísos de lujo. La prosa del autor es acusadamente sensorial y el lector queda algo ofuscado, sus propios sentidos aturridos por las intensas oleadas de calor, humedad, polvo, sal y viento, sin olvidar los súbitos aguaceros que le van cayendo encima. El libro se relee hoy con devoción, y conforme pasan sus aromáticas páginas uno cree estar abriendo sucesivas urnas de cristal -cada isla, una urna- que encierran preciosas reliquias milagrosamente preservadas del tiempo y la polvorienta

modernidad.

De vuelta a Europa se sucedieron los rumbos e itinerarios, en pareja o en solitario. De vez en cuando, el incipiente escritor se recluía en un monasterio o en algún amistoso agujero para trabajar sin apremios.

“A time to keep silence” se publicó en 1957. Es una pequeña joya que narra la estancia del escritor con monjes de clausura -benedictinos y trapenses- y una visita a los monasterios ortodoxos de Capadocia. El texto es en extremo delicado; fino, tenue como una gasa. Emerge entonces una escritura distinta, más introspectiva y calmada, que por momentos se yuxtapone a la del irreprimible aventurero. El autor nos desvela un poco su alma. Ningún asomo de exhibicionismo, solo la naturalidad de quien conoce y acepta las angustias inherentes a todo devenir humano.

En los años 60 y 70 la pareja prosiguió su vida nómada. La flexibilidad y una absoluta carencia de esnobismo -tanto por arriba como por abajo- parecen haber sido características de los dos. Y uno se los encuentra apaciblemente instalados en cualquier parte, siempre con idéntica ecuanimidad. Ya sea un abandonado castillo infestado de ratas, el flamante yate de un millonario, una tienda de campaña en pleno secarral, la cabaña de un pastor o los brillantes doseles de una duquesa amiga.

Viajaban por todos los puntos cardinales pero siempre recalaban en Grecia. Juntos la recorrieron a pie, en mula, en bote o en autocar. De sus muchos paseos surgieron dos libros conmovedores y el descubrimiento del paisaje que sería su hogar definitivo.

En estricta ley, “Mani” (1958) y “Roumeli” (1966) no deberían ser calificados como “libros de viajes”. Ambas obras son misceláneas, pequeños ensayos agrupados que a modo de satélites luminosos enfocan diversas zonas de un planeta común: Grecia. Los textos se leen con grata avidez, por sus heterogéneos contenidos y las ricas variaciones literarias. A lo largo de los capítulos la zalamera prosa del escritor envuelve al lector para conducirlo exactamente por las sendas que él elige. Es una audaz manipulación y uno se deja llevar con entusiasmo: raptos poéticos, esclarecedor academicismo, personajes extravagantes, irónicas observaciones, sobrecogedoras orografías. De todo ello emana el retrato de una cultura profundamente amada. Y eso es lo que Leigh Fermor transmite con infecciosa pasión. Su Grecia nos enamora y cautiva, y lo que ofrece es tan embriagador que por ese sueño, que fue el de él, también nosotros liquidaríamos lo poco o mucho que tenemos para salir disparados hacia Aeropolis, Pyrgos, Kampos o Kalamitsi.

En una carta fechada en 1962 el autor describe con detallada emoción el emplazamiento sobre el que él y Joan construirían su hogar. En una de sus múltiples excursiones, habían descubierto una pequeña y remota península llena de olivares que descendía hacia el mar en plataformas punteadas por erguidos cipreses. Allí, en el preciso lugar donde ahora se encuentra la mesa del salón principal, plantaron una tienda de campaña y alrededor de ella levantaron su casa, refugio de belleza y magia inigualables.

En 1971 el escritor se sumaba a una expedición que incluía a dos alpinistas, un antropólogo, un campeón de esquí y un duque aficionado a la botánica. Partiendo del Cuzco, el excéntrico grupo anduvo dos meses por las cumbres andinas de Perú y Bolivia. Pese a la considerable cantidad de whisky que trasegaron -habían programado con meticulosidad abundantes dosis

diarias- todos ellos padecieron un frío atroz además de adelgazar varias tallas alimentándose de chocolatinas y poco más. Con espíritu altamente deportivo el balance final de la aventura fue calificado de excelente, y el mismo equipo repitió en los Pirineos y el Pindus.

“Three letters from the Andes” se publicó veinte años más tarde. Es un libro breve pero encantador que se estructura con somera elegancia, tres capítulos basados en otras tantas cartas que el autor escribió a su mujer. Leigh Fermor rearmó el texto para su publicación pero el conjunto sigue conservando inmediatez y una agradable frescura coloquial. Durante un centenar de páginas las mayestáticas cimas andinas fluyen, salpimentadas aquí y allá con entrañables retratos de los compañeros de expedición y humorísticas descripciones de sus penurias y privaciones, todas ellas afrontadas con notable flema británica. “Three letters from the Andes” es uno de los pocos encuentros -escritos- del autor con la cultura de habla hispana y por ello doblemente atractivo para el lector de lengua española.

Asentado ya en su propia casa, rodeado de libros y enciclopedias, Leigh Fermor encontró por fin el tiempo y estabilidad necesarios para poner en orden los cuadernos de notas del viaje a Constantinopla. En el prolongado y minucioso proceso que siguió -no ha terminado aún- la sabiduría y experiencia de la madurez se sumaron al ingenuo, cándido entusiasmo de la juventud. El talento del autor hizo de ello un todo armónico y tan memorable flash back se materializó en dos obras que pronto se convirtieron en objeto de culto.

“A time for gifts” (1977) y “Between the woods and the water” (1986) fueron recibidos con igual entusiasmo por crítica y lectores. El primer volumen arranca en Londres y termina con la llegada del joven a Hungría, después de vastas correrías por Alemania, Austria y Checoslovaquia. En el segundo volumen, el estudiante -o eso decía su pasaporte- cruza las llanuras húngaras y se pierde luego en lo más profundo de Transilvania para terminar en el sur de Rumania, en las Puertas de Hierro, antesala de los Balcanes.

Poco a poco, a medida que avanza la lectura, el atónito lector asiste al lento despliegue de un extenso y barroco tapiz repleto de intrincados dibujos que el escritor caza al vuelo, en el instante justo y preciso, antes de que se precipiten en el vacío y desaparezcan para siempre. Es el mosaico de una Europa misteriosa, de secretos palacios y arcaicos bosques. Mundos que su narrador sabe perdidos, de ahí que los trate con desmesurada ternura y un poso de dulce tristeza. Aún así su prosa es irremediamente vital, y en su vigor a menudo levanta un vuelo espectacular, tan denso y suntuoso que a veces resulta cegador.

En realidad, lo que nos deslumbra de Fermor no es tanto un libro como otro, sino la totalidad de una obra que conforma un universo personal, inconfundible e intransferible.

El escritor no se limita a observar, anotar y comunicar, sino que se transmuta e integra en el decorado. Esta empatía con el cambiante entorno es absoluta y le diferencia claramente de otros autores que viajan. Como un camaleón -arrebatao y culto- se mimetiza y metamorfosea en cada una de sus etapas. Esquiva su propia naturaleza pero al mismo tiempo la preserva, abierta y esponjosa, para poder capturar con plenitud lo que le rodea.

Si todos los escritores trotamundos son curiosos e inquietos, él lo es de modo exacerbado. Solo una fogosa personalidad con grandes sobrantes de energía podía abordar tan vastos intereses y deseos. La curiosidad del autor jamás se sacia y su inquisitivo afán por saber y entender irradia sin freno ni límite. De la naturaleza a la comida, la historia, la arquitectura, el

vino o el folklore local, nada de ello le es indiferente, todo le trastorna por igual.

La escritura de Leigh Fermor es la de un encantador de serpientes que nos mantiene siempre subyugados. Proeza nada espontánea sino premeditada y alevosa; nace de una astuta combinación de estilos literarios que se declinan sobre una amplia gama de contenidos, también ellos ladinamente mezclados. El resultado de tan elaborado cóctel es una obra de gran amenidad, fértil en sus contenidos pero aún más en sus formas. El autor juega como el malabarista que mantiene danzarinas pelotas de varios colores suspendidas en el aire. Cuando intuye que el lector empezará a sentirse saturado por un color demasiado brillante, lo recoge y lanza uno más mitigado, y luego vuela otro más elegante, y aún otro lleno de gracia, para más tarde reaparecer todos a intervalos rigurosamente calculados. De los raptos poéticos trotamos hacia una sesuda lección de Historia y luego a una humorística anécdota doméstica o a un vívido bodegón: puñado de olivas con “ouzo” opalino. La aproximación a la realidad es -en simultáneo- intelectual y sensorial, y el escritor se mueve con perfecta comodidad en ambos territorios. Su prosa modula en consonancia, a veces sutil y aérea, otras carnal, espesa y opulenta, pero siempre musical, de ritmo y cadencias controlados.

Tan extraordinarias mutaciones se suceden con normalidad, sin aspavientos ni subrayados artificiosos. Sobre ellas flota un leve distanciamiento irónico que invita a la sonrisa cómplice. Se agradece, entre otras cosas porque implica un respeto hacia el lector, cuya inteligencia el autor da por sentada.

El escritor sigue hoy viviendo en su hogar bendecido por los dioses (y Homero). Tiene 94 primaveras, la vitalidad y el sentido del humor intactos. Aun con serios problemas de visión, continúa trabajando en el que será tercer y último volumen de su jornada a Constantinopla. Lo esperamos. Inshalla...

La larga biografía de Leigh Fermor no se corresponde con la brevedad de su obra. Él mismo se define como escritor minucioso, lento y pesado -un crítico francés le apodó “l'escargot des Carpathes”-, tan detallista que las horas se le van en cambiar una palabra que a su vez lleva a una serie de cambios concatenados etc... Todo ello será cierto, sin duda. Pero después de haber compartido unas cuantas copas con él, a una le queda la agradable sospecha de que el autor prefirió destinar la mayor parte de su vida a -precisamente- vivir. Y aunque ello haya restado a sus lectores alguna otra posible obra maravillosa, no creo que podamos reprochárselo.

Sir Patrick Leigh Fermor nos ha hecho el inconmensurable regalo de un brillante puñado de libros plenos de belleza, inteligencia, humanidad, humor y sabiduría. Y otro no menos importante, el de su mera existencia.

Long may it last..